

ESTUDIOS y NOTAS

LA TENSION PLANETARIA ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE Y LA OPOSICION ENTRE TIERRA Y MAR

I

En la tensión entre Oriente y Occidente, que tanto nos inquieta hoy, se mezclan con evidencia conflictos de distintas clases: intereses económicos, diferencias sociológicas entre las élites y hostilidades espirituales. Todo esto se acrecienta recíprocamente. Pero esta unión de tensiones económicas, sociológicas y espirituales, se ha manifestado en todas las grandes guerras de la humanidad. La particularidad del conflicto actual consiste en que la tensión se ha hecho global y comprende a todo el Planeta. Tanto más necesario resulta así comprender rectamente la verdadera estructura histórica de esta tensión.

Hablamos de un conflicto entre el Este y el Oeste. Es evidente que no nos referimos aquí a la oposición geográfica en cuanto tal. Trataremos más tarde en el curso de nuestra controversia de la diferencia entre una tensión polar y una tensión dialéctico histórica. Pero el conflicto entre Oriente y Occidente no es un conflicto polar. La Tierra tiene un polo Norte y un polo Sur pero no un polo Este y un polo Oeste. Para nuestro globo terráqueo la oposición geográfica Este-Oeste es fluida e indeterminada; es solamente «la fluencia contrapuesta de un poco de noche y luz» (1). En relación geográfica con América, China y Rusia son el Occidente. En relación con China y Rusia Europa es a su vez el Occidente. Desde el punto de vista puramente geográfico, no se da aquí ni siquiera una tensión polar ni mucho menos la explicación

(1) *Der Nomos der Erde*, 1950, Greven Verlag, Köln, págs. 260-261.

razonable de una hostilidad global ni la posibilidad de un conocimiento de su especial estructura.

Se puede emprender un inventario histórico, cultural y moral del actual Oriente y del actual Occidente y llegar de esta manera a una serie de antítesis que son sin duda de gran importancia. Yo aplicaría aquí un concepto introducido por el geógrafo Jean Gottmann en su brillante obra *La politique des Etats et leur Géographie* (2), el de la «iconographie regionale». Las diferentes imágenes y representaciones del mundo que proceden de las distintas tradiciones del pasado histórico y de las organizaciones sociales, forman espacios propios. A la iconografía de un espacio determinado, en este sentido, pertenecen, naturalmente en primera línea, las imágenes y obras plásticas, pero también todas las formas visibles de la vida pública y privada. La esencial importancia del arte nos la ha indicado a este propósito Luis Díez del Corral en su libro *El rapto de Europa*, un libro que bien puede calificarse de enciclopedia de una iconografía europea (3).

Los distintos conceptos de forma, en especial las formas de dominación y las formas de Estado las ha esclarecido Carlos Ollero (4).

Aparte las variadas formas de vida pública podemos englobar, también, todas las demás formas típicas en que se manifiesta la existencia humana en una «iconografía regional»; todas las abreviaturas y signos de sentir y pensar, según imperan en espacios determinados y son característicos de ellos. También las imágenes de recuerdos históricos, mitos, sagas y leyendas entran en dicha iconografía, y asimismo todos los símbolos y tabúes que en un espacio determinado están localizados topográficamente, y sólo por esto cobran su realidad histórica. Lo mismo ocurre con todas las traslaciones tecnomórficas o sociomórficas (5). Gottmann habla a este propósito de una circulación de iconografías. De esta manera junto

(2) París, 1952, Librairie Armand Colin, pág. 220.

(3) LUIS DíEZ DEL CORRAL: *El rapto de Europa*. Una interpretación histórica de nuestro tiempo, «Revista de Occidente», Madrid, 1954, en especial al capítulo VII: La enajenación del arte, págs. 205-42.

(4) CARLOS OLLERO: *Estudios de ciencia política*, Editora Nacional, Madrid, 1955, en especial: «La forma política», págs. 61-86.

(5) Sobre la importancia de las representaciones tecnomórficas o sociomórficas, véase más adelante nota 19.

a la célebre circulación de élites de Pareto se da una no menos importante circulación de iconografías.

La palabra *iconografía* me parece más completa y para nuestros actuales criterios más adecuada que el término tan usado ya de *ideología*. Palabra y concepto de iconografía son a nuestro propósito, especialmente útiles y fecundos, porque se impone determinar el núcleo de la oposición entre Oriente y Occidente comprendiendo el Oriente como hostil a la plástica, y el Occidente, en cambio, como un baluarte del culto a la plástica. Cuando se habla sobre la iconoclastia el europeo instruído recuerda en primer lugar acontecimientos de la historia de Bizancio; la disputa sobre las imágenes bajo el Emperador León (717-41) y el opuesto reconocimiento del culto a las imágenes bajo Carlomagno. Pero nos acordamos también nosotros de la prohibición de las imágenes en el Antiguo Testamento y en el Islam. Algunos investigadores han ido tan lejos que han reconocido aquí un primitivo conflicto entre palabra e imagen, que redujeron al conflicto general entre oído y vista, entre lo acústico y lo visual, llegando a atribuir la palabra y el oído a Oriente y la imagen y la vista a Occidente.

Una palabra como iconografía, usada en el amplio sentido que acabamos de decir, resulta apropiada para preservarnos de tales simplificaciones. No hay localizamiento histórico concreto sin alguna especie de visibilidad. Por eso en todas partes hay iconos e iconografía y en consecuencia existe también en todas partes la posibilidad de una iconoclastia. Esta no se limita en modo alguno a Bizancio o al Islam. También el Occidente conoce varias y muy intensas clases y formas de aversión a las imágenes, iconoclastia. Wiclefitas y husitas, sectarios baptistas y puritanos, reformadores religiosos y simplificadores racionalistas se han comportado iconoclasticamente en Occidente. La gran lucha política mundial que estalló en la época de los descubrimientos y de la conquista del Nuevo Mundo, primera controversia global de la historia universal, se explica corrientemente como una disputa de dogmas confesionales, una lucha entre el catolicismo romano y el protestantismo nórdico, entre el jesuitismo y el calvinismo. El aspecto iconográfico nos lleva a visiones históricas más profundas que queremos señalar brevemente, con unas palabras. Que la Reconquista de España fué una conquista para el culto de las imágenes de la Virgen, no es difícil de comprender. Pero mi observación de que la conquista de los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo llevó con-

siglo, en la imagen de la Inmaculada Virgen y Madre de Dios María la sagrada Imagen de sus hechos históricos (6) no parece que haya sido comprendida. En todo caso un autor católico alemán no ha reparado en hablarme a este propósito de «toda clase de adornos cristianos», «que podrían engañar a muchos lectores» (7). Para mí la imagen de María no es ninguna clase de adorno cristiano y las anteriores explicaciones respecto a la palabra y al concepto de iconografía, ayudarán quizá a comprender mejor mi declaración acerca de la importancia histórica de la imagen de María. Me atrevo a afirmar también que las guerras civiles de carácter confesional en la Europa de los siglos XVI y XVII, incluso la guerra de intervención de los Treinta años, sobre el suelo alemán, de 1618-1648, fueron en realidad luchas por o contra la imagen de María. ¿Se considerará acaso la hostilidad hacia las imágenes de los puritanos ingleses como algo especialmente oriental frente al culto a las imágenes de los bávaros católicos, los españoles o los polacos? La disputa de las imágenes en Bizancio se dirigió en su primer término teológico al dogma cristiano de la Trinidad, en su realidad espiritual a la profunda diferencia iconográfica entre la unidad no desplegada y la triplicidad divina. Tampoco se puede decir que el dogma de la Trinidad fuera una cuestión esencialmente occidental y el monoteísmo abstracto una cuestión esencialmente oriental. Desde luego pudo parecer así en determinados momentos históricos. Los monjes francos han impuesto en el credo cristiano de Occidente la fórmula según la cual el Espíritu no sólo procede del Padre sino también del Hijo y la resistencia de los patriarcas griegos en Constantinopla contra este filioque condujo al gran cisma entre la Iglesia Oriental y la Occidental. Consecuencia inmediata es tener el filioque por una causa de Occidente contra el Oriente. Pero frente a éstos los padres de la Iglesia siriaca han propugnado la doctrina de la Trinidad y el nacimiento de la Virgen, criterios que no se adecuan a aquella imputación, y por otra parte fueron precisamente pueblos germánicos arrianos los que negaron absolutamente la divinidad de Cristo. Así este criterio

(6) CARL SCHMITT: *De Nomos der Erde*, pág. 75. En la traducción española de esta obra por ANTONIO TRUYOL Y SERRA, *Revista Española de Derecho Internacional*, vol. II, pág. 20.

(7) Así el profesor Dr. FRIEDRICH AUGUST FREIHERR VON DER HEYTE, en su artículo «Francisco de Vitoria und die Geschichte seines Ruhmes», en la *Rev. Die Friedenswarte*, XLIX, 1949, pág. 192.

tomado de la doctrina de la Trinidad, en tantos aspectos sorprendente, corresponde también a una diferenciación iconográfica entre Oriente y Occidente. Es innegable que la tecnificación industrial lleva a graves alteraciones en la iconografía tradicional. También el moderno psicoanálisis se puede concebir como una irrupción iconoclasta. Todos debemos agradecer al maestro de la ciencia psicósomática Juan José López Ibor que haya continuado sus magníficas investigaciones sobre el tema del psicoanálisis desde el punto de vista de la iconografía que nosotros empleamos (8). Finalmente la moderna pintura —ya sea realmente abstracta o bien manifieste aún restos de objetividad— implica también la destrucción de un viejo mundo de imágenes junto a la búsqueda de una nueva creación. Las tres irrupciones —tecnificación industrial, psicoanálisis y pintura moderna— se hallan en evidente conexión. Sería un tema sensacional investigar esta conexión con respecto al actual dualismo mundial entre Oriente y Occidente. Pero no me parece posible diferenciar de una manera abstracta las imágenes y la aversión a las imágenes de modo que una parte se atribuyese regionalmente al Este y la otra al Oeste. Debemos, pues, partir de otro criterio para conocer el núcleo estructural de este conflicto.

II

Aparte las muchas peculiaridades que aparecen en múltiple abundancia cuando se hace una confrontación entre el Este y el Oeste en la corriente de la historia mundial, se hace visible hoy una sencilla y elemental diferencia: el conflicto entre tierra y mar. Eso que llamamos hoy Oriente es una masa coherente de países firmes: Rusia, China, India, las más poderosas islas de la Tierra, la región cordial de la Tierra, como el gran geógrafo inglés sir Halford Mackinder les ha llamado. Y lo que hoy llamamos Occidente es un hemisferio cubierto por los grandes océanos, el Atlántico y el Pacífico. La oposición entre un mundo continental, y un

(8) JUAN JOSÉ LÓPEZ IBOR: *Estilos de vivir y modos de enfermar*. Ateneo, abril 1954. También la gran obra de este autor *La angustia vital, Patología general psicósomática*, Editorial Paz Montalvo, Madrid, 1950, contiene material para el problema de una iconografía en sentido general, cultural e histórico.

mundo marítimo es la realidad global que se nos da, y de la que debemos partir para poder plantear rectamente la cuestión acerca de la estructura de tensiones del actual dualismo mundial. A los lectores de la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS es conocida esta reducción de la tensión Este-Oeste a la oposición entre tierra y mar. Un iusinternacionalista español de fama mundial, Camilo Barcia Trelles, la ha sustentado en numerosas ponencias y en dos extensas obras (9). Se puede, además, invocar a un famoso geógrafo inglés, sir Halford Mackinder (10). En Alemania yo me he pronunciado sobre el tema en varias publicaciones (11).

Un joven iusinternacionalista alemán, tempranamente fallecido, en 1952, Serge Maiwald, ensayó en una magnífica tentativa el estudio de la oposición entre los órdenes de vida del Estado y la sociedad (12). Mi restricción crítica tanto de la pura imagen marítima del mundo, de Mackinder, como también de la interpretación optimista de Serge Maiwald se deducirá de lo que sigue.

Sobre las cimas de la historia universal se manifiestan las disputas de las potencias en lucha con una guerra de los elementos tierra y mar. Así lo vieron ya los historiadores de las guerras entre Esparta y Atenas o entre Roma y Cartago. Sin embargo sólo tenían ante los ojos el mundo «thalásico» del Mediterráneo y no el vasto mundo, esencialmente distinto, de los grandes océanos y de la controversia global. Pero es necesario diferenciar el horizonte «thalásico» del Mediterráneo. Naturalmente se encuentran por doquier paralelos históricos. Así en el último año 1952 fué alegada muchas veces una afirmación extraída de la primera filípica de Demóstenes (38.41). Yo no me podría tampoco identi-

(9) CAMILO BARCIA TRELLES: *El Pacto del Atlántico, la tierra y el mar frente a frente*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1950; *El problema de la unidad del mundo postbélico*, traducido por la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Sao Paulo, 1953. Además en sus colaboraciones regulares en la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS: «El ayer, el hoy y el mañana internacionales».

(10) MACKINDER: *Democratic ideals and reality*, 1919.

(11) CARL SCHMITT: *Tierra y mar, consideraciones sobre la Historia Universal*, traducción de RAFAEL FERNÁNDEZ QUINTANILLA, colección Cívicas, Madrid, 1952.

(12) SERGE MAIWALD en varios artículos de la *Revista Universitas* entonces editada por él, Tuebingen, 1949-1951, en especial en el artículo «Das Atlantische System im permanentem Ausnahmestand», además en la «Zeitschrift für Geopolitik», Hamburg, diciembre de 1951.

ficar con la malévola advertencia de Platón quien dijo que, como era sabido sus compatriotas, los griegos, estaban asentados como ranas a la orilla del Mediterráneo. Así y todo existe una esencial diferencia entre la existencia en una mera costa o en un mar interior y una existencia marítima oceánica. El actual dualismo mundial y su oposición entre tierra y mar no tiene paralelos estructurales en la historia. Sólo desde que el hombre ha conocido globalmente su planeta ha alcanzado la tensión histórica universal, la dimensión que es determinante de nuestra actualidad.

Una dimensión global de la lucha entre tierra y mar aparece por primera vez en las guerras de Inglaterra con la Francia revolucionaria y con Napoleón. Ciertamente no era entonces el reparto entre tierra y mar, entre Este y Oeste tan claro como hoy. Napoleón no fué vencido al fin por Inglaterra sino por las potencias territoriales, Rusia, Austria y Prusia. El Nomos de la Tierra existía aún en un equilibrio entre tierra y mar; el mar no podía forzar para sí solo ninguna decisión. En el año 1812, cuando la disputa alcanzó su punto más alto no habían declarado la guerra los Estados Unidos a Napoleón, sino a Inglaterra. Entonces propugnóse un acercamiento entre América y Rusia con lo cual ambas potencias podían esperar distanciarse tanto de Napoleón como de Inglaterra. Francia e Inglaterra aparecen entonces como «las dos rabiosas de la tierra y del mar» (13). La oposición entre tierra y mar, entre Este y Oeste no habían cristalizado tampoco en la clara oposición de los elementos que se reveló en el Pacto del Atlántico de 1949.

De todos modos existía el horizonte global ya en tiempos de Napoleón y provocó la conciencia de una situación mundial, determinada por la oposición de los elementos, en la que debía optarse entre tierra y mar. En julio de 1812, mientras Napoleón avanzaba sobre Moscú, Goethe dirigió un poema panegírico a la Emperatriz María Luisa, en realidad un himno a su marido, el Emperador de los franceses.

Lo que confundieron miles lo resuelve uno (Napoleón).
Aquello sobre lo que los siglos meditaron oscuramente

(13) ERWIN HÖLZLE: *Russland und Amerika, Aufbruch und Begegnung zweier Weltmächte*; München (Oldenbourg), 1953, pág. 69.

En el aspecto global de tierra y mar continúa el poeta :

Lo abarca él (Napoleón) a la diáfana luz del espíritu.
Todo lo nimio se ha ido derramando
Sólo el mar y la tierra tienen aquí peso.

Goethe estuvo del lado de Napoleón. Era para él tanto como estar de parte del territorio, de la Tierra. Pero Napoleón era también el Occidente. Entonces era el Occidente todavía la Tierra y de ninguna manera el mar. El poeta alemán esperaba que el Occidente seguiría siendo tierra y que Napoleón, como un nuevo Alejandro, iría ganando costa al mar; entonces surgiría :

«La tierra firme con todos sus derechos»

De este modo optó Goethe, típico representante de Occidente, en el verano de 1812, *por* la tierra y *contra* el mar. Desde luego conforme a su posición espiritual, consideraba él la oposición de tierra y mar como una *polaridad*, no como la tensión dialéctica de un irrepetible proceso histórico. La diferencia entre una tensión polar y una tensión histórico dialéctica es para nosotros decisiva.

III

Goethe pensó en polaridades. La tensión polar es distinta de la tensión histórico dialéctica. Una tensión polar encierra una simultaneidad en la que las oposiciones polares siguen siendo siempre iguales en la estructura y se repiten sin cesar en formas siempre nuevas y siempre iguales. Es esta una especie de eterno retorno. La especulación histórica, en cambio, busca una serie de cuestiones concretas y de respuestas asimismo concretas. Preguntas y respuestas arrojan como resultado la dialéctica del concreto histórico y determinan la estructura de las situaciones históricas y de las épocas. Tal dialéctica histórica no necesita ser una lógica de conceptos hegeliana y puede comprenderse como una legislación general de la naturaleza de curso temporal.

Lo que importa aquí es el conocimiento de la estructura del dualismo mundial y actual y no una teoría general de la historia. El pensamiento histórico es pensamiento de situaciones únicas, y por tanto de verdades únicas. Todos los paralelos históricos no sirven tampoco razonablemente sino a la comprensión más clara de

ese carácter único; de otro modo se convierten irremediabilmente en principios de leyes generales de un curso funcional que no existen en la historia. De aquí también lo absurdo de esos condicionales irreales con cuya ayuda se atreven algunos a preguntarse qué habría ocurrido si este o aquel acaecimiento hubiera pasado de otro modo, como, por ejemplo, si los sarracenos hubiesen vencido en Tours y Potiers o si Napoleón no hubiera perdido la batalla de Waterloo o si el invierno de 1941-42 no hubiera sido terriblemente frío; tales absurdos, que se encuentran incluso en los más célebres historiadores, son absurdos sólo por esta razón, porque olvidan el carácter único e irrevocable del acaecer histórico. La verdad de las oposiciones polares es eternamente verdadera, eterna en el sentido de un eterno retorno. Una verdad histórica, en cambio, es sólo una vez verdadera. ¿Y cuántas veces habría de ser verdadera, si no puede ser eternamente verdadera porque esto sería contradictorio con su historicidad? El carácter de única de toda verdad histórica es el primigenio arcano de la ontología como Walter Warnach lo ha llamado (14). La estructura dialéctica de pregunta y respuesta concreta, de la que nosotros hablamos aquí para esclarecimiento de lo histórico, no debe debilitar o anular la unicidad, sino sólo acrecentarla, porque una situación histórica sólo es concebida cuando nosotros la hemos concebido como respuesta única, concreta, al llamamiento de una situación asimismo única y concreta.

Si tierra y mar en el actual dualismo mundial fueran sólo una diferencia polar establecida sobre el equilibrio y el eterno retorno, no sería más que un trozo de naturaleza. Los elementos en el sentido de la mera naturaleza se separan y unen de nuevo, se mezclan y desmezclan. Desplázanse y se transforman en un incesante movimiento circular de metamorfosis que siempre propone nuevas formas y manifestaciones a una tensión polar en el fondo siempre igual. La actual oposición entre Este y Oeste sería, pues, la manifestación de una eterna circulación de élites, de problemas y de iconografías. El espectáculo del eterno cambio, del eterno retorno no conoce ninguna específica verdad de la situación única y de la hora histórica. Falta a la oposición polar la irrepetibilidad histórica. En la historia universal, en determinadas épocas apare-

(14) WALTER WARNACH, *Abstrakte Kunts als Zeitausdruck*, conferencia en *Wazburger Hochschulwochen*, 1953 (Otto Mueller, Salzburg).

cen pueblos y grupos capacitados para la acción y la historia, que, en períodos de amistad o enemistad, toman la tierra y la dividen y apacientan y comercian en la parte que les corresponde. De aquí surge el Nomos de la tierra. Quedará privado de su propio *aquí* y *ahora* cuando los elementos tierra y mar, de los que nosotros hablamos, sólo signifiquen un trozo de naturaleza y una tensión natural.

En cuanto *naturaleza*, no son estos elementos mismos como tampoco sus correspondientes seres vivientes, capaces de ninguna tensión en el sentido de enemistad histórica. Los seres vivientes de la tierra no son enemigos naturales de los habitantes del mar o al revés. Acaece que los animales terrestres se nutren de peces y un pez devora a un animal de tierra, pero sería infantil hablar aquí de enemistad. Los peces se devoran recíprocamente, en especial, como es sabido, los grandes a los chicos y los animales terrestres, entre ellos, hacen lo propio. No se puede tampoco, realmente, decir que entre tierra y mar existe una natural hostilidad. Más bien se podría decir que tierra y mar sí son extraños uno a otro e incluso que no tienen relación entre sí, hasta el punto de que sólo pensar en semejante relación o en una posible enemistad sería absurdo. Naturalmente ocurre que cada ser viviente permanece en su elemento, es decir, en su medio ambiente. El oso no se meterá en guerra con la ballena y la ballena no buscará guerra alguna con el oso. Aun animales de presa pertenecientes al mismo elemento saben distinguir sus límites naturales y sus cotos. El oso no busca al león o al tigre en su madriguera; incluso estos grandes cazadores del reino animal conocen su jurisdicción y evitan superfluos encuentros. Quien vea la relación perro y gato como ejemplo de una enemistad natural ya ha declarado con sólo eso que la enemistad entre animales es diferente de la enemistad entre los hombres. Cuando el perro ladra al gato o el gato bufa ante el perro, no hacen estos animales como los hombres que son capaces de negar a su enemigo la cualidad de hombre. El perro no pone en duda la naturaleza del gato, espiritual ni moralmente, como tampoco el gato la del perro.

Nota Bene.—Las palabras alemanas «Landsnahme» y «Seenahme» están compuestas con el sustantivo «Nahme». «Nahme» es una «nomen actionis» del verbo «nehmen». La palabra griega «Nomos» es un «nomen actionis» del verbo griego «nemein». Este significa: primeramente «neh-

Es por otra parte exacto que las fábulas de los animales ilustran y aclaran las situaciones políticas y las relaciones políticas entre los hombres de una manera específica. Pero el problema de las fábulas de animales es un tema interesante de por sí. Con una traslación al plano animal se descubren situaciones políticas y modos de conducta que quedan así despejadas de su velo ideológico, justamente porque se diferencia la conducta de los animales de la de los hombres de modo esencial. Un recurso artístico especialmente eficaz puede consistir en descubrir la conducta de los hombres encubriéndola, haciendo hablar a un hombre como a un animal y a un animal como a un hombre. El enmascaramiento en animal resulta extraño, pero este método extraño hace tanto más patente la conducta de los hombres. En esto estriba el sentido político de las fábulas de animales, en el que no entramos aquí más extensamente.

Traspuesta a los hombres la neta separación entre tierra y mar tendría que conducir a que las guerras marítimas tuviesen lugar

men», en segundo lugar «teilen», en tercer lugar «weiden» en el sentido de «administrar», «aprovechar», «producir» y «consumir». Así se explica el título de mi artículo: «Nehmen - Teilen - Weiden». Me parece necesario profundizar de nuevo desde el punto de vista de la Filosofía del Derecho, estas tres ideas primarias de todo el derecho humano, más aún porque todos los grandes pensadores —también Santo Tomás de Aquino— diferencian el derecho *post divisionem* del derecho *ante divisionem*. Confr. CARL SCHMITT: «Nehmen - Teilen - Weiden, Ein versuch, die Grundfragen jeder Sozial- und Wirtschaftsordnung vom Nomos her richtig zu stellen», *Revue Internationale de Sociologie*, Roma, 1954, Fratelli Bocca Editori.

La traducción de esta palabra «Nahme» al español o a otra lengua románica tropieza con grandes dificultades, porque numerosos términos del tecnicismo jurídico se basan sobre este sencillo proceso primario, aunque se comprende por sí mismo que toda ordenación del derecho descansa sobre un Nehmen-Teilen-Weiden. Alvaro d'Ors, *De la guerra y de la paz*, Biblioteca del Pensamiento actual, núm. 28, pág. 183, Madrid, 1954, habla de *tomar*, y de la *distribución originaria* que le es pareja. JOSÉ CAAMAÑO MARTÍNEZ, en *Arbor*, núm. 52, abril, 1952, habla de ocupación de la tierra. JOSÉ LUIS ESTÉVEZ: *Foro Gallego*, núm. 82, julio-agosto 1952, dice igualmente *ocupación*. ANTONIO TRUYOL Y SERRA ha traducido en el *Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca*, 1954: *Apropiación, Partición, Apacentamiento*. Pero palabras como *ocupación, instalación, apropiación*, se apartan lingüísticamente de la primitividad del proceso primario, de la *primera toma o primera presa de la tierra o del mar*.

sólo entre pueblos marítimos y las guerras terrestres sólo entre pueblos terrestres. Pero, es curioso, cuando las tensiones histórico-universales han alcanzado un cierto grado de intensidad ocurre lo contrario. No los animales sino antes bien los hombres, y sólo los hombres hacen las guerras de tierra y de mar unos contra otros. Siempre, cuando la enemistad entre grandes potencias ha alcanzado un punto alto, se desarrolla la disputa bélica en ambos dominios por igual y la guerra se convierte en guerra terrestre y marítima por ambas partes.

Cada potencia se ve forzada a seguir al adversario dentro del otro elemento. Si el aire se agrega como tercera dimensión la guerra en ambas partes se convertirá también en guerra aérea. Por eso me parece sensato continuar aquí hablando de los elementos tierra y mar cuando se aproxima un gran conflicto histórico mundial a su punto más alto y llegan a emplearse por ambas partes todas las fuerzas materiales, anímicas y espirituales hasta un grado extremo. Se extiende entonces la lucha a todo el contorno de las potencias participantes. Y también el conflicto elemental de tierra y mar queda incluido en el debate. La guerra aparece entonces como guerra de la tierra contra el mar y viceversa. En otras palabras: como una guerra de los elementos entre sí.

La enemistad entre los hombres implica, en comparación con la relación entre los animales, una tensión que trasciende con mucho a lo natural. Entre los hombres siempre late lo trascendente, llámese trascendente o trascendental. Se puede llamar «espiritual» a este suplemento o *plus* y, si se quiere, ilustrarlo con la frase de Rimbaud: «Le combat spirituel est aussi brutal que la bataille d'hommes». En todo caso la enemistad entre los hombres es capaz de especiales grados y aumentos. Alcanza su punto de ebullición en las guerras civiles con la prescripción de principios jurídicos morales e ideológicos, esto es, con la acusación de criminal y la posición «hors la loi» del adversario. Aquí no es la naturaleza, sino algo específicamente humano que trasciende su carácter natural lo que provoca la tensión y enemistad y acrecienta la natural polaridad convirtiéndola en una concreta dialéctica histórica. Con la palabra «dialéctica» se expresa aquí una específica diferencia respecto de todas las oposiciones polares. La palabra dialéctica expresa la estructura de pregunta y respuesta de todas las situaciones y acaecimientos históricos. Una situación histórica es incomprensible en tanto no se la comprenda como una llamada

efectuada por hombres y al mismo tiempo como respuesta de los hombres a esa llamada. Cada acción histórica de un hombre es la respuesta a una pregunta planteada por la historia. Cada palabra humana es una respuesta, cada respuesta recibe su sentido de la pregunta sobre la que ella responde y carece de sentido para todo aquel que no conozca la pregunta. El sentido de la pregunta estriba a su vez en la situación concreta en que se plantea.

Todo esto suena a la «Question-Answer-Logic» de R. G. Collingwood y tiene mucho que ver con ella. Collingwood buscó con ayuda de este esquema mental pregunta-respuesta encontrar lo específicamente histórico. Lo formuló con todo rigor, porque éste era para él el camino que tenía que andar para superar su procedencia de la ahistoricidad del positivismo naturalista (15). El principio era excelente, pero el filósofo inglés estaba demasiado dentro del concepto de ciencia propio del siglo XIX para poder rebasar una interpretación psicológico-individualista del problema pregunta-respuesta. De otro modo serían inexplicables los morbosos ataques de tendencioso antigermanismo con que ha afeado su última obra *The New Leviathan*. Pero el gran mérito de su Question-Answer-Logic sigue siendo indiscutible. Sólo se trata de ver que no es que un solo hombre o una suma de hombres aislados planteen una pregunta, ni mucho menos que cualquier historiador *ex post* aborde el pasado con cualesquier preguntas, sino que la misma historia consiste en preguntas y respuestas concretas. La misma pregunta es un acontecimiento histórico a partir del cual se desarrollan otros acontecimientos históricos mediante la respuesta concreta de los hombres. Cuando los hombres perciben la pregunta y la llamada de la historia y tratan de responder con su conducta y sus hechos, se aventuran a la gran prueba de la capacidad histórica y quedan marcados por un tribunal. En una palabra: pasan del estado de naturaleza al estado de historicidad.

Arnold Toynbee ha elevado la Question-Answer-Logic a una estructura Challenge-Response de la historia de la cultura. La pregunta se convierte en desafío, en Challenge, la respuesta en Response. Esto es al mismo tiempo un importante incremento del

(15) R. G. COLLINGWOOD: *An Autobiography*, Oxford University Press, 1939, págs. 29 y ss. Otro libro de COLLINGWOOD, citado más abajo, *The New Leviathan, or Man, Society, Civilisation and Barbarism*, apareció en 1942, Oxford, Clarendon Press.

sentido histórico y permite reconocer una tensión dialéctica y no ya sólo polar que deja atrás toda ahistoricidad psicológico-individualista del pensamiento naturalista. De esta manera se originan las culturas o civilizaciones superiores de Toynbee, en número mayor de veinte, en las que siempre debe preguntarse por el concreto desafío histórico, por la llamada a la historia, por la respuesta o réplica de los hombres igualmente concreta. En el caso de la cultura egipcia, por ejemplo, la posición del valle del Nilo con su dependencia del río y la permanente amenaza de enemigos exteriores, significa el desafío. La regulación y ordenación del valle del Nilo, su defensa contra las invasiones extranjeras, bárbaras, y la civilización egipcia que surge de aquí, con su culto divino, sus dinastías, sus pirámides y su arte, es la respuesta concreta a aquel desafío.

Lo que se gana con este modo de consideración es extraordinario, porque afecta a la estructura dialéctica de toda situación histórica. Pero tampoco Toynbee ha escapado de un típico peligro que amenaza en seguida su modo de pensar específicamente histórico. Al poner en marcha, una tras otra, sus más de veinte culturas o civilizaciones superiores, bórrase la unicidad nuclear de todo lo histórico, y con ello la propia estructura de lo histórico. No nos importan leyes generales de la historia universal. Esto no sería, al fin, más que la sumisión a las leyes o probabilidades estadísticas de una corriente funcional. Lo que nos importa es la situación única y concreta, es decir, nuestra propia época actual en la que se ha producido un dualismo mundial de carácter global entre Oriente y Occidente. Si preguntamos aquí por una tensión dialéctica no es que busquemos una ley general o una probabilidad estadística ni menos aún la lógica general de una dialéctica de conceptos en sentido sistemático.

Es necesario insistir sobre ello aquí otra vez. Quien hoy habla de dialéctica se expone al peligro de ser clasificado y tachado de hegeliano sumaria y automáticamente. La dialéctica de la historia de Hegel encierra bastantes posibilidades de alcanzar la auténtica unicidad del acaecer histórico. Esto se infiere ya de su afirmación de que la encarnación del Hijo de Dios es eje de la historia universal. Se puede también deducir de aquí que para él el conocimiento histórico no es un puro juicio sino un progreso también. Pero en la gran sistemática vuelve a perderse, fácilmente, la uni-

idad y el acontecer histórico se transforma en un puro proceso racional. En nuestra exposición basta recordar este peligro respecto de un palabra para que nuestro empleo de la palabra «dialéctica» no caiga en seguida bajo esa especie de automatismo cuyo resultado es considerar una época tecnificada como un pensar científico.

Todavía más que contra el equívoco hegeliano de una dialéctica general de conceptos debemos precavernos contra la ilusión legalista del siglo XIX en la que han caído los más grandes sociólogos e historiadores actuales de Occidente con la excepción de Alexis de Tocqueville.

La necesidad de hacer de cada examen histórico concreto una ley general de la corriente histórica, ha envuelto incluso a los mejores y más acertados saberes del siglo XIX en una densa niebla de generalizaciones. El hinchamiento de un conocimiento histórico concreto en ley general de la humanidad fué el tributo de un siglo culpable de positivismo naturalista. Se era incapaz de comprender y hacer valer una verdad de no entenderse como un curso funcional general previsible y en cierto modo calculable. Así Augusto Comte, un historiador genialmente intuitivo de su actualidad, ha captado su propia época comprobando en ella tres grados de desarrollo: desde la teología, a través de la metafísica, hasta el positivismo científico. Esta fué una observación sobremanera exacta que afectaba al paso único, verificado en tres momentos, que dió el pensamiento europeo desde el siglo XIII al XIX. Pero el positivista y cientista Augusto Comte no hubiese creído en su pensamiento histórico, en sí acertado, si no lo hubiese transportado a un plano absoluto convirtiéndolo en la ley general de los tres estadios de la humanidad en su conjunto. Los diagnósticos, en parte certeros, de la situación de Europa central y occidental, en el segundo estadio de la Revolución industrial hacia mediados del siglo XIX, se elevaron por Carlos Marx a una concentración y centralización general, histórico universal, convertidos en la última, elemental lucha de clases de la humanidad, cuando en realidad se trataba sólo de una fase concreta y determinada de la revolución técnico industrial, en relación con las vías férreas, el telégrafo y la máquina de vapor. Todavía en el siglo XX Oswald Spengler con su doctrina general de los ciclos culturales de toda la historia humana ha neutralizado —y matado así su nervio propiamente histórico—

una concepción acertada, que se expresa en el gran paralelo histórico que existe entre nuestro presente, de una parte, y la época de las guerras civiles y del cesarismo, de otra parte.

IV

La tecnificación y la industrialización son hoy el destino de nuestra tierra. Busquemos, pues, la pregunta histórica única, el gran «Challenge» y la respuesta concreta de la que ha surgido la revolución técnica de los últimos siglos. Renunciemos a las fáciles posibilidades que nos suministra el procedimiento de las condicionales irreales. La tensión dialéctica, que oponemos a la polar, no nos debe conducir a generalidades hegelianas ni científico-naturales ni en modo alguno normativistas. Tampoco la fórmula de Toynbee del «Challenge» y la «Response» debe servirnos más que como asidero para conocer rectamente la cuestión de la realidad única y actual del presente dualismo mundial entre Oriente y Occidente.

Tropezamos aquí inmediatamente con una obra de Arnold Toynbee del año 1953 que ostenta un título provocativo: *The World and the West* (16). La obra ha originado una crítica violenta y una polémica contra su autor, de la que nosotros no participamos porque lo que nos interesa es nuestro tema, la oposición entre tierra y mar. Toynbee habla de nuestra época actual y da un diagnóstico concreto. Habla consciente y premeditadamente de «Occidente» y lo contrapone a todo el resto del mundo. El Occidente es para él el agresor, cuya técnica industrial ha cogido desprevenido a Oriente, desde hace cuatro siglos y medio en cuatro encuentros: con Rusia, con el Islam, India y Asia Oriental. Lo esencial para Toynbee es que el Occidente haya emprendido sus agresiones con ayuda de una técnica desprendida de la religión cristiana. Apoderándose hoy Oriente de esta técnica se coloca, según Toynbee, en actitud de defensa contra una agresión secular. En el siglo XVII, por otra parte, los jesuitas intentaron predicar a los indios y chinos la religión cristiana, no como una

(16) ARNOLD J. TOYNBEE: *The World and The West*, Oxford University Press, 1933. Una traducción alemana del Dr. H. J. ALEXANDER ha aparecido bajo el título de «Die Welt un der Westen», en W. Kohlhammer, Verlag, Stuttgart.

religión de Occidente, sino como una religión universal que afecta a todos los hombres de la misma manera. Según Toynbee la tentativa se malogró porque desgraciadamente se produjo una disputa dogmática entre las órdenes católicas misioneras que hizo fracasar la grandiosa misión de los jesuitas. La actual revolución comunista del Oriente, sin embargo, consiste, según Toynbee, en que éste se apodera de una técnica europea despojada de la religión cristiana. A esta técnica la llama Toynbee una «esquirla desprendida de nuestra cultura hacia fines del siglo XVII». Es esta una importante y decisiva formulación que queremos subrayar.

Preguntémosnos ahora, conforme a una Question-Answer-Logic, primero por el «Challenge» histórico concreto y la «Response» asimismo concreta que nuestra actual época técnico industrial explica y permite reconocer históricamente. ¿De dónde procede la revolución industrial? ¿Sobre qué da ella una respuesta? ¿Cuál es su origen y su patria, su principio y su impulso? Procede de la isla de Inglaterra y precisamente de la Inglaterra del siglo XVIII. Las muchas fechas frecuentemente citadas y generalmente conocidas —primer horno de carbón, 1735, fundición del acero, 1740, máquina de vapor, 1768, primera fábrica moderna de Nothingam, 1769, máquina de hilar, 1770, telar mecánico 1786, locomotora de vapor, 1825— no necesitamos repetir las. La gran revolución procede de la isla de Inglaterra, que a lo largo del siglo XIX es el primer país industrial de la tierra. El fenómeno histórico que no hemos de perder de vista lo indicó ya el primer sociólogo alemán Lorenz von Stein en el año 1842 en las siguientes frases:

«Así nacieron de repente en Inglaterra y, es curioso, por la misma época que las ideas de libertad e igualdad ocupaban Francia, las primeras máquinas. Con ellas comienza para la vida de los bienes en el mundo entero, para la producción, el consumo y el tráfico, una época totalmente nueva. Ellas son la verdadera fuerza revolucionaria en este mundo material y desde éste, al que dominan, alcanzan profundamente a todos los puntos del mundo espiritual.»

¡De repente y precisamente en Inglaterra! Se percibe el asombro del joven alemán al que se le abre, henchido de conocimiento, la conciencia de su situación histórica y que conoce en el París del reinado de la burguesía de Louis Philippe, que la revolución política que se hace en el continente europeo desde el año 1789 sólo significa un epifenómeno ideológico respecto de la revolución

industrial que viene de la isla de Inglaterra y que es la verdadera fuerza revolucionaria. Así escribió él esas notables frases que acabamos de citar y precisamente en un capítulo que lleva por título: «El proletariado». Con ello se introducía en la discusión europea por primera vez, con conciencia científica, el problema de la separación entre las fuerzas de trabajo y de la propiedad.

La revolución industrial procede también de la Inglaterra del siglo XVIII ¿pero cuál era la situación histórica única de esta isla en el siglo XVIII? Inglaterra era la isla que se había separado desde fines del siglo XVI del continente europeo y había dado el paso hacia una pura existencia marítima. Esto es lo esencial históricamente. Lo demás es supraestructura. Cualquiera que sea el acontecimiento exterior visible que se tome como fecha o efemérides para el momento decisivo de ese paso a una existencia marítima —la ocupación de Jamaica por Cronwell, 1655; o la definitiva expulsión de los Estuardos, 1688; o la paz europea de Utrecht, 1713— lo esencial es que un pueblo europeo considere la isla que habita no ya, cual hasta entonces, como un trozo arrancado del continente europeo, sino como la base de una existencia puramente marítima y de un dominio oceánico erigido sobre ella. Inglaterra se había mezclado desde el siglo XVI en los grandes descubrimientos y conquistas de los portugueses, españoles, franceses y holandeses. En ello rebasó a todos sus rivales europeos, no en virtud de una calidad moral o física más elevada, sino única y exclusivamente porque realizó el tránsito de la tierra continental al mar libre con todas sus consecuencias, y puso junto a la gran conquista territorial, una gran conquista marítima.

Esto era una respuesta única e irrepetible al desafío histórico igualmente único e irrepetible, al gran llamamiento de la época de los descubrimientos europeos. Por primera vez en la historia de la humanidad que nos es conocida, ocurría un desafío que no afectaba a estos o aquellos ríos, costa o mares interiores. Por primera vez era el desafío global. La mayor parte de los pueblos europeos comprendieron esta llamada por el lado de la tierra. Los españoles fundaron un gran imperio ultramarino; pero permanecieron no obstante esencialmente ligados a la tierra y se agotaban en la gran conquista territorial. Los rusos irrumpieron desde Moscú y conquistaron un gigantesco territorio: Siberia. Los portugueses no alcanzaron, a pesar de sus asombrosas navegaciones, ninguna existencia puramente marítima. La epopeya de su época de descubri-

mientos, Os Lusíadas de Camoens, habla del Océano Indico de la misma manera en el fondo a como hablaba del Mediterráneo la Eneida de Virgilio. Los holandeses tuvieron un gran conato oceánico y fueron a la cabeza al principio, pero su base resultó al fin demasiado débil, su enmarañamiento en la política de las potencias territoriales eran demasiado fuerte y después de la Paz de Utrecht de 1713 se hicieron territoriales. Los franceses aventuraron una guerra de doscientos años con los ingleses y la perdieron al final. Inglaterra era la menos estorbada por el continente —the least hampered by the continent— y llevó a cabo el consecuente tránsito a la existencia marítima. Con ello creó el supuesto previo de la Revolución industrial.

Una isla europea se separaba de la imagen del mundo tradicional puramente terrestre y pasaba a contemplar al mundo consecuentemente desde el mar libre. El continente, el espacio natural habitable de la humanidad se convertía en mera costa con hinterland, «backland». Todavía en el siglo XV, en tiempos de la doncella de Orleans, habían obtenido los caballeros ingleses en Francia grandes botines, lo mismo que los caballeros de otras tierras. Hasta el siglo XVI los ingleses eran un pueblo de criadores de ovejas que vendían su lana en Flandes, donde se fabricaban los paños. Y este pueblo se transformaba en un pueblo de apasionados marinos y fundaba un imperio oceánico —no ya «thalásico»—. La isla cesaba de ser un trozo desprendido del continente y se transformaba en un barco anclado delante de él. En lugar del antiguo Nomos de la Tierra, puramente terrestre, aparece un nuevo Nomos, que acoge en su orden los océanos, pero diferencia el mundo del mar libre del de la tierra firme y contrabalancea ambos para controlar, con ayuda de este equilibrio, el continente desde el mar.

Lo que se ha desprendido hacia fines del siglo XVII no es, pues, como Arnold Toynbee piensa, una «esquirla técnica», sino otra cosa: una isla europea se desprendió del continente europeo y un nuevo mundo marítimo, cuyo soporte era esa isla, se colocó frente al mundo continental. Formó un contrapeso contra el mundo terrestre y mantuvo en sus manos el equilibrio de la tierra y con ello la paz del mundo como en una balanza. Tal fué el resultado de una respuesta concreta a la llamada de los océanos que se abrían. Sobre esta isla de Inglaterra, que había seguido la llamada y que había realizado el paso a la existencia marítima, surgían de repente las primeras máquinas.

V

El *barco* es el núcleo de la existencia marítima de los hombres como la casa es el núcleo de su existencia terrestre. Barco y casa no son antítesis en el sentido de una tensión polar, sino diferentes respuestas de una llamada distinta de la historia. Ambos están edificadas con medios técnicos, pero a diferencia de la casa es el barco en sí mismo un vehículo técnico y aplicado a un dominio necesario del hombre sobre la naturaleza. Pues el mar es naturaleza en otro sentido que el continente. Es más extraño y hostil. Al separarse tierras y mares según la historia de la creación bíblica, al hombre le fué asignada la tierra como espacio habitable. El mar quedó como algo peligroso y malo. Remitimos aquí al comentario del I capítulo del Génesis que se encuentra en el tomo 3, I, de la Dogmática de Karl Barth y nos contentamos con comprobar que el antiguo temor religioso de los hombres ante el mar necesitó un especial impulso para llegar a ser vencido. El impulso técnico que superó este temor fué distinto de todo otro impulso técnico. El hombre, que se arriesgaba al mar —la palabra *pirata* designa al que toma sobre sí este riesgo— tenía, como dice el poeta,

triple bronce en el pecho,

«aes triplex circa pectus». El retroceso de la barrera de la naturaleza que el hombre consigue a través de su trabajo en la cultura y la civilización es, pues, muy diferente, según que se ejecute en el barco y a través del barco o como apacientamiento y cultivo sobre la tierra firme.

Núcleo y centro de existencia terrestre con todos sus órdenes concretos: casa y propiedad, matrimonio, familia y herencia, es la casa. Todos estos órdenes concretos nacen y crecen sobre el suelo y en el marco de una existencia terrestre, en especial de la agricultura. La institución fundamental del derecho, la propiedad —*dominium*—, recibe su nombre de casa, *domus*. Eso es palmario. Pero tampoco se conoce bien entre los juristas que la palabra alemana «Bauer» (labrador) no procede inmediatamente de la actividad de los agricultores, sino de Bau, Gebau (de edificio); designa, pues, en primer lugar, el hombre que tiene una casa. En el núcleo de la existencia terrestre está, pues, la casa. En el núcleo

de la existencia marítima, por el contrario, navega el barco. La casa es descanso, el barco es movimiento. El espacio en el que el barco se mueve es un espacio distinto de la comarca en la que está la casa. El barco tiene por consecuencia otro medio ambiente y otro horizonte (17). Los hombres tienen en el barco otra clase de relaciones sociales tanto entre sí como respecto a su mundo exterior. Tienen principalmente otra relación también distinta respecto a la naturaleza, y sobre todo respecto a los animales. El hombre de tierra desbrava y domestica a los animales, al elefante, al camello, caballo, perro, gato, buey, asno, y los hace animales domésticos. Los peces, por el contrario, no llegan a ser domesticados. No pueden llegar a ser animales domésticos, se pescan y se comen porque la casa es extraña al mar.

Recordamos aquí estos sencillos ejemplos histórico-culturales para recordar la profunda diferencia entre existencia terrestre y marítima. Buscamos una respuesta a la pregunta de por qué la Revolución industrial está supeditada, con su técnica desencadenada, a una existencia marítima. Una ordenación terrestre, en cuyo centro está la casa, tiene necesariamente una relación fundamentalmente distinta con la técnica que una clase de existencia cuyo centro es un barco. La absolutización de la técnica y del progreso técnico, la equiparación del progreso técnico en progreso en general, todo lo que se quiere dar a entender bajo el lema «técnica desencadenada» se desarrolla sólo desde el supuesto del suelo nutricional y en el clima de una existencia marítima. La isla de Inglaterra, al seguir la llamada de los océanos que se abren y realizando el paso a una existencia marítima, dió una magnífica respuesta histórica a la llamada histórica de la época de los descubrimientos. Con esto creó al mismo tiempo los supuestos de la Revolución industrial y el comienzo de la época cuya problemática vivimos hoy.

Hablamos concretamente de la Revolución industrial que es nuestro actual destino. No pudo originarse en ninguna otra parte

(17) ENRIQUE TIERNO GALVÁN ha puesto de relieve en un notable artículo: «Benito Cereno o el Mito de Europa», *Cuadernos hispano-americanos*, 36. Madrid, diciembre 1952, las específicas relaciones espaciales del barco. Cuando los juristas designan un barco como «territorio flotante» como «territoire flottant», esto no es sino una ficción cómoda, procedente del mundo terrestre, una de las innumerables transposiciones de la tierra al mar.

que en la Inglaterra del siglo XVIII. Una Revolución industrial significa el desencadenamiento del progreso técnico y el desencadenamiento del progreso técnico es sólo comprensible desde una existencia marítima; dentro de ella es incluso, hasta cierto grado, lógico. Inventos técnicos se han hecho por todas partes y en todo tiempo. Las dotes técnicas de los ingleses no eran mayores que las de otros pueblos. De lo que se trata siempre es de saber qué se hace del invento técnico, y esto depende de en qué marco caiga el invento, es decir, en qué orden concreto. Dentro de una existencia marítima se desarrollan las invenciones técnicas con más desembarazo y libertad que cuando caen en los órganos fijos de una existencia terrestre y quedan abarcados y ajustados en ellos. Los chinos han descubierto la pólvora; no eran de ningún modo más torpes que los europeos, que la han descubierto igualmente. Pero en el marco fijo del orden puramente terrestre de la China de aquel tiempo el descubrimiento de la pólvora llevó sólo a un empleo de la misma como juego y fuego artificial. En Europa condujo a los descubrimientos de Alfredo Nobel y sus seguidores. Los ingleses, que en el siglo XVIII hicieron todos los descubrimientos que condujeron a la Revolución industrial, horno de cok, fundición de acero, máquina de vapor, máquina de hilar, etc., no eran de ninguna manera más geniales que los hombres de otros tiempos y de otros países que siguieron siendo territoriales y que habían realizado ya igualmente muchos de aquellos inventos del siglo XVIII. Los inventos técnicos no son descubrimientos de un misterioso espíritu superior. Caen dentro de su tiempo. Decaen o se desarrollan según la existencia humana conjunta y concreta en la que caen dentro. Quiero decir, pues, que las invenciones con que la Revolución industrial da comienzo, sólo podían convertirse en principio de una revolución industrial allí donde se había realizado el paso a la existencia marítima.

El paso a una existencia puramente marítima tiene por resultado en sí mismo y en su más amplia e íntima consecuencia el desencadenamiento de la técnica como una fuerza autónoma. Con todo lo que se había desarrollado antes en la técnica, dentro de una existencia esencialmente terrestre, no se había producido una técnica *absoluta*. Aquí hay que observar que la cultura nuevamente thalásica, limitada a la costa y al mar interior no significa aún un paso definitivo hacia la existencia marítima. Sólo en el océano se convierte el barco en contraimagen de la casa. La fe en el

progreso absoluto es un signo de haberse realizado el paso hacia la existencia marítima. Las reacciones encadenadas de una invención continua y sin límites nacieron en el espacio histórico, social y moralmente infinito de la existencia marítima. No se trata aquí de la diferencia entre los pueblos sedentarios y nómadas, sino de la oposición entre tierra y mar como posibilidades de existencia elementalmente distintas para el hombre. Es por eso también equivocado hablar de nómadas de barcos y nombrarlos en serie con los nómadas de caballos, nómadas de camellos u otros nómadas de la tierra firme. Esto es sólo una de las muchas traslaciones incorrectas de la tierra al mar. El espacio en el que la existencia humana histórica se localiza es tanto en su horizonte como en su más profundo fundamento diferente entre tierra y mar y según se vea de tierra a mar o de mar a tierra hay un cambio de fuerzas, esencialmente distinto; un cambio de cultura o civilización humanas, en donde la cultura se halla determinada más por lo terrestre y la civilización por lo marítimo y la imagen marítima del mundo es antes tecnomorfa que sociomorfa (18).

Merced al conocimiento de la relación marítima, por primera vez cobran una luz nueva, desde el punto de vista de la historia del espíritu, dos importantes fenómenos del siglo XIX la economía clásica de las postrimerías del siglo XVIII y del siglo XIX, que se adhiere a ella, y el marxismo. Al surgir la Revolución industrial se produjeron siempre más numerosos y rápidos avances en el dominio de lo ilimitado, que condujo a la técnica desencadenada. La llamada economía clásica es una superestructura ideal sobre el primer estadio de la Revolución industrial. El marxismo levanta su construcción enteramente sobre la economía clásica. La dirigió y convirtiéndose así en una supraestructura sobre el segundo estadio de la Revolución industrial. Merced a esto pudo suministrar el adecuado inventario de ideas a una élite de revolucionarios rusos profesionales que logró apoderarse del imperio ruso en la revolución de octubre del año 1917 y trasladar el entramado de aquella doble supraestructura a un país agrario. Históricamente se trataba aquí de algo completamente distinto de la realización de

(18) Sobre la diferencia entre las imágenes del mundo y del imperio, según estén determinadas por imágenes primarias técnicas (por ejemplo el alfarero como demiurgo) o sociales (por ejemplo el padre como señor universal). ERNST TOPITSCH: «Kosmos und Herrschaft», en la revista *Wort und Wahrheit* 1-1955, págs. 19 y ss.; 5.

una pura doctrina o el cumplimiento de leyes de la corriente histórica. Se trataba de capacitar a un imperio agrario industrialmente atrasado, para apoderarse de la técnica industrial, sin la cual, era fácil presa de todo conquistador industrialmente armado. El marxismo se ha transformado de una superestructura ideológica sobre el segundo estadio de la Revolución industrial, en un instrumento práctico para vencer un estadio técnico industrial sin defensa y disolver una vieja élite que no estaba a la altura de su misión. Pero acabar con la economía clásica era sólo una parte de la doctrina marxista. Su raíz seguía siendo hegeliana. En un pasaje de las *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, de Hegel, en los §§ 243 y ss. se encuentra su germen. Este pasaje es célebre. Desarrolla la dialéctica de una sociedad burguesa que se encuentra en libre eficacia y se concibe «dentro de sí misma en progresiva población e industria». De esta sociedad burguesa, dice Hegel, que «no es bastante rica para el exceso de riquezas, es decir no posee bastante en propia fortuna para pagar el exceso de pobreza y el crecimiento de la plebe». Expresamente se remite a la Inglaterra de entonces como ejemplo adecuado. Y sigue luego el § 246:

«Por esta su dialéctica la sociedad burguesa viene impelida más allá de sí, en primer lugar esa sociedad está determinada para buscar fuera de ella, en otros pueblos que le son inferiores en los recursos de que ella abunda o en capacidad artística, etc., los consumidores y los medios de subsistencia necesarios».

Tales son los con razón célebres §§ 243-246 de los *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, de Hegel, que han encontrado su despliegue en el marxismo. Pero no sé que se haya reconocido hasta ahora el párrafo que inmediatamente sigue, el § 247, en su alcance también grande. Trae precisamente el contraste entre tierra y mar, y su desarrollo no podía ser menos fecundo y menos rico en consecuencias que el desarrollo por el marxismo de los precedentes §§ 243-246. Se trata de la supeditación del desarrollo industrial a la existencia marítima. Este § 247 contiene la frase decisiva:

«Lo mismo que para el principio de la vida familiar es condición la tierra, cimiento y suelo firmes, así para la industria lo es el elemento natural que la anima hacia fuera, el mar.»

Me detengo aquí y ruego al lector atento que reconozca en estas explicaciones el principio de un intento de desarrollo sobre

este § 247 de la Filosofía del Derecho de Hegel, de modo análogo a como se han desplegado en el marxismo los §§ 243-246.

Con nuestra interpretación se eleva por otra parte en seguida una nueva cuestión y con esta cuestión un nuevo peligro. Se pregunta: ¿cuál es hoy el actual «Challenge» de la Historia? El peligro es que a la nueva llamada actual se reacciona con una vieja respuesta, porque ésta se ha demostrado certera y eficaz para un época anterior. Los hombres se atienen a lo que ya una vez se mostró certero y eficaz. No desean saber que la respuesta a un nuevo «Challenge» de la historia, visto desde el hombre, puede ser sólo un pre-mandato e incluso la mayor parte de las veces, como la partida de Colón, sea un pre-mandato ciego. El hombre tiene una necesidad casi irresistible de perpetuar su experiencia histórica. Cuando entramos los alemanes en Francia en 1914, creíamos que debería ocurrir otra vez como en 1870-71, en nuestra última victoria. Cuando los franceses, asediados, en el invierno de 1870-71, hicieron un ataque desde París, creían que debería ocurrir otra vez como en la victoriosa Revolución de 1792. Cuando el Secretario de Estado americano Stimson, en el año 1932, proclamó su famosa doctrina Stimson, creía que la situación volvería a ser, en mayores proporciones, como en 1861 al comienzo de la guerra de Secesión.

Nuestro sentido histórico nos puede preservar de tales repeticions. De modo paradójico en los países de técnica desencadenada se hallan precisamente difundida la opinión de que con ayuda de los nuevos medios técnicos comienza ahora una irrupción en nuevos espacios infinitos del cosmos. En comparación con esta irrupción en el cosmos, la irrupción de la época de los descubrimientos, hace quinientos años habría sido sólo una pequeñez. Los hombres planean intervenciones en la estratosfera y viajes a la Luna. La misma Tierra, nuestro planeta, debe transformarse en un barco-espacio que irrumpa dentro del cosmos.

Y todo esto no es sino la repetición de una vieja respuesta, la continuación desesperada de la respuesta de antes al «Challenge» de los océanos abriéndose. Los hombres se imaginan el actual «Challenge» como una edición aumentada del descubrimiento de América. Esto es, como se ha dicho, comprensible psicológicamente. Entonces se abrían nuevos continentes y océanos de la Tierra. Pero hoy yo no veo que se abra ningún cosmos ni oigo una llamada o «Challenge» cósmico. Prescindamos ahora de los platillos volantes. Por violentamente que incida en el cosmos la técnica desencadenada esto no

proporciona aún un «Challenge» histórico ni menos una respuesta histórica a tal «Challenge». Es cierto que la técnica desencadenada produce un inmenso potencial de impulsos y excedente de impulsos. Pero impulso y llamada no es lo mismo. Es cierto también que la moderna técnica siempre engendra nuevas necesidades artificiales. Pero con esto sólo se dice que, a lo sumo, podría producir la respuesta a un «Challenge» producido artificialmente por ella misma y de un modo igualmente artificial.

Precisamente la continuación en apariencia más moderna de la antigua respuesta se revela, para una consideración histórica como ahistórica y anacrónica. Es completamente natural que el vencedor de la época pasada no acierte con la nueva llamada de la historia. Pues, ¿cómo habría de comprender el vencedor que también su victoria sólo era verdad una vez? ¿Y quién habría de instruirle en esto? Yo creo que ya llevamos ganado algo si a nuevas preguntas no replicamos con viejas respuestas. Hemos alcanzado mucho si no construimos el actual nuevo mundo según el esquema del nuevo mundo de ayer. Yo personalmente supongo la nueva llamada no más allá de la estratosfera. Veo que el desencadenamiento de la técnica antes encierra a los hombres que les abre nuevos espacios. La moderna técnica es provechosa y necesaria. Pero está muy lejos de ser todavía hoy la respuesta a una llamada. Satisface necesidades siempre nuevas, provocadas en parte por ella misma. Por lo demás ella misma está puesta en duda y no es por eso una respuesta. Todos hablan de que la moderna técnica ha hecho nuestra Tierra irrisoriamente pequeña. Los nuevos espacios, de los que procede la nueva llamada, deben por eso buscarse en nuestra tierra y no fuera, en el cosmos. Aquel que logre apresar la técnica desencadenada para dominarla e insertarla en un orden concreto, habrá dado una respuesta a la actual llamada antes que aquel que intente, con los recursos de una técnica desencadenada, aterrizar en la Luna o en Marte. Domar la técnica desencadenada sería, por ejemplo, la obra de un nuevo Hércules. En esta dirección espero yo la nueva llamada, el «Challenge» de actualidad.

CARL SCHMITT